

Cría ciervos de Victoriano Alcalde Azcune

Las personas no mueren. Quedan encantadas.

João Guimarães Rosa

Ella y yo nos dimos el primer beso embrujado una mañana de invierno. Una brumosa mañana de invierno de hace ya... tanto tiempo... Fue en el interior de un carromato de circo. Aquel circo se llamaba... se llamaba... el Gran Circo de los Magos Celtas, y ella... Ella era la Increíble Mujer con Memoria de Pez de Colores, yo era el Forzudo Doblador de Barras de Arcoíris. Ella era hermosa y promiscua como una sirena del mar, yo era torpe y leal como un unicornio ciego. Ella nunca se acordaba de hacerme un regalo de cumpleaños, todos mis regalos terminaban sobre las estanterías de otros carrromatos. Ella era incapaz de pronunciar mi nombre completo (se le olvidaba a los tres segundos, exactamente), yo nunca llegué a tomarla en mis poderosos brazos (con solo abrazarla habría podido romper su desmemoriado corazón), pero a pesar de todo... a pesar de todo cada vez que hacíamos el amor saltaban chispas incandescentes de nuestros cuerpos –chispas capaces de prender fuego a las sábanas, a las cortinas, a las nubes, al viento–, y entonces hasta la Tierra temblaba, se electrificaba y escapaba de su ancestral y aburrida órbita de planeta sonámbulo.

La Mujer con Memoria de Pez de Colores y yo trabajábamos de sol a sol y de luna a luna bajo la infinita carpa del Gran Circo de los Magos Celtas. Vivíamos rodeados de artesanales tramoyas de madera, de paisajes de cartón-piedra, de nubes de oropel, de música, siempre música; y de hermosas bailarinas barbudas, feroces payasos tristes, trapeceistas dipsómanos, enanos cornacas sobre diminutos elefantes voladores, domadoras de pulgas gigantes, equilibristas zambos, lanzadores de cuchillos miopes y otras fantásticas y adorables criaturas humanas. ¿Humanas? Recorriamos la Geografía de los mapamundis, de Norte a Este, de Sur a Oeste, ofreciendo al mundo nuestra tierna y loca farándula, sin temer jamás al frío o al calor, sin importar el país, el continente o el idioma. Nos alimentábamos a base de manzanas de caramelo y nubes de algodón de azúcar; manzanas de caramelo, nubes de algodón de azúcar, y sueños. Éramos tan jóvenes, tan osados, inmortales.

Una noche de verano (la carpa de franjas negras y azules con forma de capirote del Gran Circo de los Magos Celtas estaba instalada en una explanada de un pueblito llamado Urdiñola, a orillas del mar Cantábrico), tras la función de fin de semana, la Increíble Mujer con Memoria de Pez de Colores y yo decidimos *formalizar* nuestra relación. Aquella misma noche nos prometimos amor eterno entre los muros de La Iglesia (“La Iglesia” era una taberna encantada, de no muy buena reputación, cerca de la desembocadura del río Bidasoa; uno de esos lugares de perdición en los que hay que santiguarse antes de entrar). «*Violetas Imperiales... C’est Magnifique... Maitechu mía...*», cantaba feliz Luis Mariano desde la televisión en blanco y negro de La Iglesia.

Así que abandonamos para siempre el Circo y nos quedamos a vivir en una modesta casita de alquiler, a las afueras de Urdiñola, muy cerca de Irún, en un barrio de emigrantes extremeños.

A los seis meses y medio –casi sin anunciarse– nació nuestra hija, nuestra Aurora Libélula. La pequeña Aurora Libélula desprendía en cada latido un aroma a musgo... a musgo, sí, a musgo azul de cuento de hadas, y además vino al mundo con dos alitas finísimas como papel de arroz, casi transparentes, que brillaban en la oscuridad como dos llamas de aurora boreal, como las pequeñas alas fosforescentes de las libélulas volando al sol del atardecer (precisamente por eso le pusimos ese nombre a la niña: Aurora Libélula).

Los médicos de la Seguridad Social, asombrados frente a nuestra recién nacida Aurora Libélula, le sacaron cientos de fotografías de Rayos X, tratando de encontrar una razón científica que justificara aquel aroma a musgo azul de cuento de hadas y aquellas dos alitas de papel bioluminiscente que le brotaban de la espalda; pobres ignorantes engreídos, los médicos... no saben que los milagros no necesitan razones científicas.

Nuestra Aurora Libélula, frágil y preciosa, era un auténtico fenómeno de la Naturaleza; mirar por la noche el chispeante aleteo de sus alitas resultaba una experiencia tan mística, tan maravillosa, que te entraban unas ganas locas de reír, de llorar, de cantar y bailar, de rezar, de soñar. Luego la pequeña Aurora cerraba los párpados para dormir, agotada; y cuando sus alitas de papel también se apagaban y dejaban de aletear entonces uno no tenía más remedio que acostumbrarse a vivir en la gris “realidad”, resignarse a la vulgaridad de seguir formando parte de este mundo inmundo.

Su madre sacaba a Aurora a pasear por el parque de Urdiñola, en un cochecito-capota de hierros retorcidos que yo fabriqué con mis propias manos, pero como era la Increíble Mujer con Memoria de Pez de Colores –y además adicta al polvo mágico de amapola– solía ser habitual que se despistara y se volviera a casa sin la niña. Al cabo de un rato llamaba al timbre un vecino extremeño, o un alguacil municipal –un “urbano”, como se les llamaba entonces– y dejaba en la puerta el cochecito-capota de hierros retorcidos. Cuando yo salía al rellano y miraba dentro del cochecito-capota allí estaba acostada nuestra pequeña Aurora Libélula, trepando el aire con sus manitas amoratadas, sus alitas de papel de arroz aplaudiendo frufrú y destellando con vetas de amor y alegría.

No hacía falta ser vidente ni echador de tarot para adivinar lo que sucedería pocos años después: la Increíble Mujer con Memoria de Pez de Colores y yo comenzamos a habitar en sueños de colores diferentes. Ella decía que no soportaba que todo lo que yo tocaba terminara hecho añicos; además siempre me echaba en cara que fuese un marido tan constante, tan fiel. Como ella era la Increíble Mujer con Memoria de Pez de Colores y yo más pobre que un faquir con belonefobia, tras la separación nuestra Aurora fue asignada al cuidado de los Servicios Sociales. Una fría –más que fría, escalofría– mañana de febrero una monja con cara de urraca vino a buscar a la niña y se la llevó entre sus negros brazos a un convento al otro lado del pueblo.

Yo iba de visita al convento todos los fines de semana. Iba caminando porque siempre se me escacharraban las bicicletas. Las monjas cuidaban bien de mi hija, pero Aurora era tan frágil y enfermiza... La pobre se cogía todas las gripes y todos los catarros del mundo; a través de las dos aberturas del camisón que las monjas le habían confeccionado a medida, las dos alitas de Aurora Libélula siempre relucían un poco pálidas y borrosas. Aunque no me atreviera a abrazarla –eran tan delicadas las alitas de su espalda y yo tan forzado– recuerdo que a mí me encantaba besar su naricita llena de mocos, soplarle suave sobre su

melena roja como los penachos de las mazorcas de maíz en agosto, escucharle cantar las canciones de misa con aquella vocecilla derrotada por el asma, respirar su olor a musgo azul de cuento de hadas.

Yo era el Forzudo Doblador de Barras de Arcoíris pero también trataba de ser un padre cabal, responsable. Enseñé a mi hija a leer, a silbar, a jugar a las adivinanzas y a la rayuela, a hacer malabares con limones, a dibujar. Cuánto le gustaba dibujar a Aurora Libélula. La pequeña (ya tenía nueve años pero no era más alta que un hada del bosque) se pasaba las horas en el convento dibujando nubes, mariposas, flores, pero sobre todo, sobre todo dibujaba ciervos, cervatillos de todos los colores.

Aurora Libélula gastaba muchos cuadernos de espiral y lápices de colores pintando aquellos ciervos; y los cuadernos de espiral y los lapiceros de colores no eran nada baratos, desde luego que no, nada baratos. Por aquel entonces yo soñaba con ser un Forzudo Escritor pero mis cuentos no daban ni para pipas, ni siquiera de calabaza, así que tuve que tragarme el orgullo y buscarme un trabajo “honrado” para poder comprarle a mi hija los cuadernos de espiral y las cajas de lápices.

Fui Contrabandista de Hielo entre la *muga* de las vecinas ciudades fronterizas de Irún y Hendaia, fui Domador de Ladrillos en *Alcalde-Albañiles*, fui Acróbata-Empaquetador en *Chocolates Elgorriaga*, fui Vigilante-Hombre de Piedra en la fábrica de *Porcelanas Bidasoa*, fui Escapista-Chapista en un taller de automóviles del Polígono Industrial, fui Mago-Celador en la Biblioteca Municipal de Urdiñola... pero nunca duraba mucho tiempo en esos trabajos. Yo era el Forzudo Doblador de Barras de Arcoíris y casi siempre terminaba rompiendo algo; estaba en mi naturaleza. De todas formas me despedían alegando, además de mi innata torpeza, que me pasaba el día divagando y soñando, perdido en mi mundo (no te joroba, en qué otro mundo me iba a perder, ¿en el mundo egoísta y miserable de ellos, los sensatos, los normales?). En fin. Pero mal que bien yo tiraba para adelante y a mi hija Aurora nunca le faltaron cuadernos de espiral ni lapiceros de colores.

Hasta que un día de diciembre, un día oscuro y maldito entre todos los malditos y oscuros días de la Historia del Universo, el dios barbudo y rencoroso que reinaba en el convento permitió que a nuestra Aurora Libélula la atacara el Ogro Meningitis. Las monjas llevaron a la niña, ya inconsciente, a todo correr al Hospital Comarcal del Bidasoa, pero en una sola noche la pequeña Aurora se marchitó como un ramillete de algas marinas bajo el sol. En el hospital, entre las sábanas empapadas de fiebre, las dos alitas de papel fosforescente de Aurora Libélula aletearon una última vez, y se fueron apagando, desde los bordes hasta la raíz, veta a veta, palideciendo poco a poco, poco a, poc, p... hasta el fin, como dos frágiles luciérnagas ante el soplo del más frío y despiadado amanecer.

Mi Aurora. Mi pequeña Aurora Libélula que nunca llegó a volar. Mi estrellita errante, mi faro polar, la última chispa de mi amor, el único fosfeno en mi eterna oscuridad.

*

El funeral tuvo lugar en la ermita de Nuestra Señora de los Vientos de Urdiñola, y fue oficiado por el viejo sacerdote con ojos de búho que habitaba en aquellas ruinas. A la discreta y apresurada ceremonia asistieron una bandada negra de monjas y un grupo silencioso de vecinos extremeños. También estuvo presente la Increíble Mujer con Memoria

de Pez de Colores. Llegó tarde, acompañada de un hermoso joven, bronceado, impecablemente trajeado, con aspecto de Presentador de Telediaris, o de Director de Pista. La Increíble Mujer con Memoria de Pez de Colores entró en la ermita y se colocó en un banco junto a mí, pero ni siquiera me saludó. Puede que ya no se acordara del pobre forzado infeliz que un día bebió sus besos sin memoria.

Tras el funeral, sin despedirme de nadie, salí de la ermita, abandoné el núcleo urbano de Urdiñola y caminé y caminé, y ascendí por las faldas del monte Jaizkibel, encorvado como una sombra sin dueño, hasta internarme en un frondoso bosque de abetos y de brumas. Me preguntaba cómo el diminuto cofre que contenía las cenizas de Aurora (no más grande que una cajita de cerillas) podía ser tan pesado. Y entonces, así, de pronto, las silenciosas hadas de la nieve, con sus ropajes de luto rigurosamente blanco, comenzaron a revolotear a mi alrededor y a llenar de triste magia todo el cielo.

Me abroché hasta el último botón de mi abrigo marinero y a pesar del terrible frío seguí arrastrándome durante largas horas. Al llegar a un manantial helado ya no pude avanzar un paso más. Cerca se oían los mugidos de los minotauros marinos, embistiendo desesperados contra los acantilados del Jaizkibel. Allí, por primera y última vez en mi vida, me arrodillé. Abrí despacio el cofrecito con Aurora Libélula y esparcí al viento la montañita azul, para que los copos de ceniza echaran a volar y se fundieran con la pálida nieve virgen que caía lenta, muy lenta, como en un sueño, sobre todo el Universo.

Mi dolor era implacable, inhumano; un cartucho de sal estallando a cada inspiración dentro de mi pecho, una aguja oxidada escarbando los recuerdos bajo mi alma, eso era mi dolor por no volver a respirar aquel aroma a musgo azul de cuento de hadas, por haber perdido la caricia del mágico aleteo de las dos alas de Aurora Libélula. Yo era el Forzado Doblador de Barras de Arcoíris y habría roto el mundo, las iglesias, las montañas, los siete mares, las personas que veía todos los jodidos días por la calle... habría estrujado el planeta como si fuese este folio de papel en el que escribo y luego lo habría pisoteado, escupido y tirado a la papelera de un inmenso agujero negro.

Me derrumbé. Incluso mi bigote de forzado encaneció de golpe. Dejé el trabajo (en aquel momento estaba contratado como Tragafuegos-Soldador en el horno nº5 de la fábrica de *ARTISTAS VIDRIEROS*) y me abandoné a la bebida. Ya no tenía que comprar cuadernos de espiral ni lapiceros de colores para nadie y el poco dinero que conseguía lo gastaba en botellas de vino picado de garrafa. Los restos de tanino dibujaban una negra y atroz sonrisa en mis labios agrietados. Intenté poner fin a mi vida muchas veces; me emborrachaba hasta el coma en los bares de la Parte Vieja de Urdiñola, me arrojaba desde los autobuses en marcha, cruzaba las vías del paso a nivel de la Calle Aduana con la barrera bajada, me peleaba con los agentes de las autoridades fronterizas, con las huestes de turistas franceses bebedores de *pastis* y con los camioneros más pendencieros... pero a lo sumo conseguía un ojo morado, o un buen coscorrón. Hasta que algún vecino extremeño me ponía una mano en el hombro, me ofrecía un “Ideales” sin filtro, me invitaba a un café con sal y me acompañaba otra vez a casa. Yo era el Forzado Doblador de Barras de Arcoíris y sin embargo, tal vez a causa de alguna antigua maldición, no podía romperme a mí mismo.

Durante más de veinte años alimenté mi cuerpo gracias a la caridad de las monjas del convento de Urdiñola, que quizás se sentían culpables por lo que le sucedió a la pobre

Aurora, y me traían a casa cazuelas de macarrones, bocadillos de tortilla francesa, rosquillas artesanales de anís y latas de melocotón en almíbar (como si masticar esos pequeños soles amarillos de melocotón me fuera a devolver todos los dulces veranos que se marchitaron y ya nunca regresarán, y ya nunca regresarán, y ya nunca). La vida... La vida era un trámite aburrido y absurdo, una mera burocracia que uno debía sufrir hasta que llegara su turno para ingresar en el Vacío Total. La vida... La vida era un silencio mortal de sirenas, una huella descalza en la orilla de una playa desierta, un cuento triste escrito a oscuras en un folio manchado de barro.

Sabía que había perdido mi don para doblar barras de Arcoíris, pero sobre todo había perdido mi don de amar. Mi corazón se convirtió en el tocón de un viejo árbol calcinado por un rayo, estéril y podrido en mitad de un bosque sin senderos. Si me miraba en el reflejo de los escaparates, o en los charquitos rotos que dejaban las goteras de mi casa en ruinas ya no veía un ser humano; me transformé en un ser monstruoso, un amasijo de células a la deriva, un desperdicio de material genético defectuoso. Yo, que nunca me postré ante nadie, ni siquiera ante los más fieros leones del Gran Circo de los Magos Celtas, yo, que nunca tuve miedo a la Muerte, ahora temblaba de Soledad.

Pero quién lo iba a decir; quizás por puro cansancio metafísico, o por simple inercia existencial, se puede decir que conseguí *EL MÁS DIFÍCIL TODAVÍA*: llegar a una resignada vejez. Los años vividos y todos los libros leídos me hicieron tal vez más forzudo, pero no me hicieron más sabio. Ni siquiera podría responder ahora a la simple pregunta de cuántas estrellas caben en un charco de lluvia, o cómo hace el cielo del atardecer para curarse de las cicatrices sonrosadas que los aviones plateados le abren de lado a lado, o por qué la nieve, siendo tan blanca, me pone los labios azules y además sabe a ceniza...

*

Cuando cumplí los 65 años, o tal vez fue al cumplir los 68, ya no recuerdo... recibí una carta de la Diputación. Los Servicios Sociales me ofrecían manutención y un cuartucho en una Residencia para ancianos desahuciados, en la vecina ciudad de Irún, a solo dos o tres kilómetros de Urdiñola. Todo mi equipaje fue una maleta de ropa vieja con olor a humo, harapos de escarcha y una carpeta con la colección de ciervos que pintó Aurora Libélula.

La Residencia de Irún es un lugar agradable, silencioso. Tiene un laberinto de boj, un pequeño bosque de abetos y brumas y un jardín con una fuente de piedra. Desde mi ventana, en el cuarto piso de la Residencia, veo a lo lejos la silueta de dragón dormido del monte Jaizkibel, el puente internacional de Santiago y un trocito verdiazul del misterioso mar Cantábrico. Por las tardes me dan una lata de melocotón en almíbar y me sacan a tomar un baño de sol al jardín. Siempre me sientan junto a la Increíble Mujer con Memoria de Pez de Colores, pues ella también ha terminado sus días aquí. Ella sigue siendo tan desmemoriada como hermosa. Por supuesto ha olvidado nuestro matrimonio, nuestra hija en común, nuestros viejos rencores, y se coge de mi mano. La Increíble Mujer con Memoria de Pez de Colores me mira con amor, y mientras mastica medio sol de melocotón en almíbar me susurra al oído: «contigo estoy a gusto porque me recuerdas a alguien que conocí hace mucho tiempo, además eres tan fuerte y torpe...» Las cuidadoras desvían la mirada y se ríen.

En la Residencia los días se arrastran lentos como elefantes domésticos, los años relampaguean fugaces como golondrinas silvestres. «*Violetas Imperiales... C'est Magnifique... Maitechu mía...*», sigue cantando feliz Luis Mariano desde la televisión –ahora en color– de la Residencia. Algunas noches sueño. Sueño que escucho a lo lejos el sonido de los altavoces a todo volumen que desde los carromatos tirados por mulos disfrazados de unicornios anunciaban la llegada a pueblos y ciudades del Gran Circo de los Magos Celtas. ¡¡EL ESPECTÁCULO MÁS TIERNO DEL MUNDO!! ¡¡EL ESPECTÁCULO MÁS TIERNO DEL MUNDO!!

De un tiempo a esta parte he notado que yo también estoy empezando a tener memoria de pez de colores. Por eso trato de salvar (decir *inmortalizar* me parece tan pretencioso) en palabras las cosas que he visto a lo largo de este extraño viaje que llamamos *vida*. También he retomado mi antigua costumbre (o vicio) de escribir cuentos, cuentos que a veces se parecen a la realidad como una estrella del cielo se parece a una esquirla de cristal, como una gota de lluvia a esta lágrima de tinta.

Dejo para las cuidadoras de la Residencia estos papeles, para que recuerden mi historia, y también les dejo mi canción, tan humilde que ni siquiera tuvo música. Y les dejo el verdiazul-eléctrico del mar, y los delfines que ni en las peores tormentas dejan de sonreír y de bailar, y las encantadoras melodías de las caracolas marinas, y las silenciosas estrellas que florecen, tiemblan y mueren en el telón de la noche infinita, y toda esa materia oscura que baila a oscuras por el cosmos, y los drones superlumínicos del futuro, y los emplumados vilanos paracaidistas del campo en primavera, y la geometría perfecta de un copo de nieve, y los plateados collares de perlas de rocío temblando entre las telarañas del amanecer, y en las noches de invierno esos frutos dorados que da el arbusto de fuego que brota de una chimenea, y todos los hermosos sueños de un cisne ciego antes de ser cisne... para qué quiero yo tanta belleza. Para qué. Ya no me hace falta.

Y aquí estoy ahora, esperando a que acabe la Última Función, entretenido terminando de escribir estas líneas, sonriendo en silencio porque... porque últimamente los demás internos de la Residencia dicen que por las noches se escuchan ruidos afuera, y que cuando se asoman a las ventanas han visto ciervos correteando por el jardín. Al día siguiente las cuidadoras cuchichean entre ellas y revisan por enésima vez la medicación; al final concluyen enfadadas que es imposible, que no hay ciervos en esta ciudad, ¿ciervos en Irún, en una ciudad tan industrializada como Irún, y además en el jardín cercado de la Residencia?, a quién se le ocurre.

Yo abro la ventana y me vuelvo a sentar frente a mi escritorio. Desde aquí hablo con los ciervos de colores que pintó Aurora Libélula y que ahora adornan las paredes de mi habitación. Quién dijo aquello de cría cuerv... no, cría ciervos... eso es... «cría ciervos y te acariciarán los ojos». Y así, la espalda vencida, los ojos entrecerrados y casi ciegos, bolígrafo en ristre me adormezco, al fin en paz, contando ciervos colorín coloreados, escuchando el frufrú boreal de unas invisibles alitas de papel, respirando para siempre este mágico perfume a tinta... y a musgo... a musgo azul de cuento de hadas.
